

YO fui un niño snob". ¿Quién puede reclamar esa coherencia vital sino el mayor snob del Reino, Francisco Umbral?

Me recibe con unos vaqueros pintados —o despintados— por Otero Besteiro, su descafeinado "con la leche fría", modales de caballero —o de dandy— y una sonrisa adolescente que parece querer ocultar con la precisión de sus juicios o la seguridad de sus decisiones.

Umbral está de acuerdo en que el snobismo es "un estado de espíritu".

"Sí, sin duda, en la acepción que hoy podemos darle, supone una pasión por la novedad y por la actualidad que significa ni más ni menos que la infantería de la cultura. El snob está siempre por delante de los demás por su afán de consumir novedades, lo cual supone que consume quizá mucha porquería, pero también lo nuevo, lo importante. Me parece que es una manera de vivir el presente e incluso el futuro inmediato, muy apasionante".

—¿Se nace snob?

—No creo que el snobismo sea una característica esencial del ser humano, de determinada especie de seres. No, seguramente es un producto cultural, social.

—¿Qué te ocurría de niño?

—Yo asistía al mundo de los mayores y ya me gustaba aquel juego. Había cosas que me deslumbraban y me habría gustado ser mayor para participar en ellas.

Este recuerdo del Umbral niño, ansioso por entrar en el juego de los adultos, nos lleva directamente a *Los helechos arborescentes*, último libro del escritor y recientemente publicado por Argos Vergara. En él, dos niños, que es uno sólo, aparecen como testigos y como actores de un mundo apasionante y complejo. Son siglos de historia, anécdotas de amor y muerte, vida y literatura dentro de un libro.

—¿Paquito o Francesillo podrían ser niños snob?

—Sí, Paquito, por ser un niño más culto y que asiste a un mundo intelectual, a un mundo de avanzada de la cultura, de vanguardia en aquella época. Sí, es un niño snob: le gusta vestirse de terciopelo y de amarillo y participar de la relación cultural de sus padres.

—Dentro de este libro, el testigo más importante es el monaguillo, Francesillo.

—Sí, es el niño fluyente, el niño intemporal...

—Y además está visto con amor. Paquito parece que está visto con un aprecio más estético.

—Es mi yo estético. Es el niño que se ha forjado con el Byron niño, escuchando supuestas con-



En su último libro, *Los helechos arborescentes*, Umbral juega con el castellano del siglo XVII, del XIX y el actual.

UMBRAL: los niños crecen

HORTENSIA CAMPANELLA

versaciones de su abuela con la Pardo Bazán. Es, quizá, mi yo exterior, estético, culturalista, mientras que Francesillo es mi yo más profundo, más desgarrado, más desvalido, más doliente: el pobre es siempre más interesante que el rico.

Guerra civil y rock

A partir de una escenografía prehistórica, "inmensos bosques de coníferas y helechos arborescentes cubrían los continentes...", recuerdo preciso de una enciclopedia infantil, Umbral ha compuesto un entramado histórico-literario original. Una inmensa colección de postales antiguas —del siglo XVII hasta 1939— se mezclan, se superponen, se animan y proyectan en la mirada inocente y progresivamente lúcida del niño. Se han recuperado todos los colores y así aparece la vida pública y oficial sin separación posible de la vida prohibida y clandestina.

El entrecruzamiento de tiempos históricos llevan a conformar un solo tiempo, que es el de la guerra civil continua que Umbral descubre en el pasado español. De ahí que, en clave esperpéntica, Franco dirija las guerras carlistas o la de Cuba, la guerra civil del 36 o las de Africa.

—Ese "guerracivilismo" que planteas en tu libro está enfoca-

do hacia el pasado, pero, ¿no crees que existe el riesgo de proyectarlo como fatalidad hacia el futuro?

—Bueno, yo creo que estamos en guerra civil, hasta el punto que tú, que asististe a la presentación de mi libro en Madrid, recordarás que allí dos bandas de rockeros se pegaron a muerte. De modo que la guerra civil sigue vigente en la última generación, en estos chicos jovencísimos que teóricamente están en lo mismo, en el mismo mundo de la música, del rock, y, sin embargo, están enfrentados a muerte. Ahí está la última prueba de que el "guerracivilismo" está latente en los españoles.

—¿Simplemente compruebas la realidad? ¿No eres pesimista ni optimista?

—Dado que el momento concreto, de ahora mismo, en el ambiente, en los periódicos, es pesimista y difícil, no puedo ser optimista, nadie puede serlo.

—¿Es posible un libro como éste en el presente?

—Yo creo que eso, en parte, lo hago en mis crónicas, es decir, que las intemporalizo mucho y procuro literaturizar personajes reales, inmediatos. En todo caso no podría hacerse este libro sobre el presente absoluto, puesto que supone un juego con el tiempo, con varios tiempos históricos, puesto que ante todo tiene una clave anacrónica.

El infierno tan fructífero

Francisco Umbral es ante todo un "animal literario". En la práctica lo ha demostrado con el medio centenar de libros que ha publicado en quince años. Y con sus columnas: "Mis artículos son tan literarios, que ni sé cómo me los publican diariamente". Pero, además, no desdeña la reflexión sobre la palabra escrita y su repercusión.

—¿La literatura transforma las cosas o las pone en claro?

—Yo te respondería con una frase que otras veces he utilizado de Antonin Artaud: "Huyo de lo claro para aclarar lo oscuro". Creo que la literatura es una forma oscura de aclarar las cosas, por vía irracional, intuitiva, mediante iluminaciones y relámpagos. No las ordena, no impone el orden sistemático, convencional y falso del filósofo, pero ilumina muchas cosas.

—En tu libro, tú apeas de su gloria a Millán Astray, José Zorrilla, Zumalacárregui, "glorias nacionales"; desmitificas los ritos religiosos, mostrando el convencionalismo o las miserias de sus oficiantes; la casa de prostitución, centro del relato, en pocos momentos puede mostrar el amor no degradado, ¿todos esos elementos negativos tienen que ver con esa frase tan reveladora "del Bien no crece literatura", dicha con respecto a la Comedia del Dante?

—Sí, yo lo creo firmemente. Ya lo dijo André Gide: "Con los buenos sentimientos sólo se hacen malas novelas". Y yo soy muy gideano.

—¿Y Mortal y rosa?

—Nace del mal que es la muerte. Matar a un niño es el mal que está en la Naturaleza, el caos. No se puede crear algo para destruirlo. Es la prueba de la existencia de una fuerza ciega y malvada, malvada por ciega.

—Pero también nace del amor...

—Sí, pero de un amor desesperado e impotente ante el mal.

—Al leer los libros posteriores a *Mortal y rosa* noto que tu prosa se ha ido haciendo más dura.

—No estoy de acuerdo, creo que la prosa de *Los amores diurnos* es más rica, empieza a ser más imaginativa. Y pienso que el valor fundamental de *Los helechos arborescentes* es la prosa que juega con el castellano del siglo XVII, del XIX y el actual.

—No me refiero al aspecto creativo de la prosa, sino a una profundización del lirismo que echo en falta en los últimos libros.

—*Mortal y rosa*, a pesar de ser un libro desesperado, es de una desesperación tranquila, es

un libro más resignado. Los amores diurnos, por ejemplo, es un libro más furioso, más rebelde, más imaginativo, más fantástico y, entonces, cruel. El sentimiento de la desesperación, del paso del tiempo están dados, por lo menos yo creo que con la misma autenticidad, aunque la autenticidad no sea un valor literario. Estoy de acuerdo contigo en que lo que quizá sí ocurre es que —y no sólo en mi lenguaje— yo me voy haciendo más agresivo, más violento del punto de vista de la imaginación. Someto a mayores rupturas a la realidad, al lenguaje. Yo me noto —por una personal progresión que no sé si es la menopausia o la natural desesperación de existir— en un proceso acelerado de delirio, de escribir cada vez más alucinadamente.

—Es un proceso del hombre que repercute en el artista.

—Sí, mira, el otro día estuve en casa del pintor Lucio Muñoz, muy amigo mío. El era un abstracto que trabajaba la madera... puertas viejas, maderas comidas por el tiempo —una cosa muy onettiana—; pues ahora me encuentro que crea unas cosas barrocas, absurdas, llenas de fuerza, de encanto, de lirismo. Y hablábamos de esto: parece que a cierta edad se nos da como una segunda juventud desesperada, un intento de salvación en la imaginación, en la fantasía, justo cuando la realidad está cada vez más degradada.

Peter Pan y Franco

—En otros de tus libros, tu infancia aparecía muy vinculada a la visión del hombre; en éste, no. ¿Se debe a una necesidad narrativa o has conseguido eso tan difícil de mostrar al niño sin que se vea al hombre?

—Bueno, yo me he propuesto eso. Realmente en otros libros lo que he hecho han sido Memorias, por eso mismo que te venía diciendo, más cercanas a la realidad y a la cronología, más ortodoxas de alguna forma. Me he puesto en la situación real: el hombre recuerda e interpreta al niño, hace una lectura del niño; y aquí no. Por esa ruptura general que te digo me he propuesto prescindir del yo actual, es decir, de la posible sensatez del hombre, y hacer que funcione el niño por sí solo. Por otra parte, uno de los intentos de mi libro era hacer pasar la Historia de España por la cabeza de un niño, y, entonces, si aparece el hombre e interpreta aquello, lo racionaliza y lo estropea. El niño se lo ha inventado porque le ha parecido reconocerse en una pintura tenebrista, toda la magia del niño está en su confusión entre historia y memoria, entre memoria e

imaginación. Todo es efecto del niño, nunca queda claro si es fantasía o es verdad, ni importa, ni hay que aclararlo.

—Los helechos arborescentes puede representar un juicio histórico, ofrecer un espejo a los hombres. ¿Fue esa tu intención?

—Yo no trato de ser juez de la Historia. Pero creo que si algún mensaje político tiene el libro, es

El snobismo es, para Francisco Umbral, "un estado de espíritu, una pasión por la novedad y por la actualidad, que significa ni más ni menos que la infantería de la cultura".

el que se formula el niño cuando está en el Te Deum, al final, esperando entregarle las flores a Franco. Entonces comprende de pronto que Franco ha venido a traer el imperio del llamado sentido común, que es un sentido muy burgués, del orden cemental. Comprende que ha venido a suprimir la imaginación, la fantasía, estas formas de la liber-

dad, a poner cada cosa en su sitio, pero en un sentido muy negativo. Es un orden que empobrece la realidad y el niño se da cuenta de que se ha acabado la aventura de su imaginación a través del tiempo y del espacio, que ha vuelto a su clase y en adelante llevará una vida "normal", burguesa. Su aventura de Peter Pan —nosotros lo podemos decir, el niño no lo sabe, claro—, ha terminado.

Efectivamente, el niño tiene que crecer. De alguna manera, el contacto con ese triunfador ya cadáver, "anciano levisimo o momia de hierro", termina con su infantilidad, pone fin a su relación mágica con el mundo, introduce el tiempo en su vida.

Una vez más, el niño Umbral crece, debe asumir su devenir personal, enfrentarse a la angustia de la existencia... hasta la próxima vez, en que, nuevamente, procure escapar, salvarse a través de la invención literaria y la creación de un lenguaje. ■ Fotos: RAMON RODRIGUEZ.

